

SÁBADO 12 DE JUNIO DE 1886.

ASESINATO

DEL

GENERAL PRIM.

YA NO ESTÁ SOLO.

Demasiado sabia el autor de estas hojas que, además del arsenal de datos con que contaba al decidirse á su publicacion, álguien habia de venir en su ayuda, para el esclarecimiento de algunos de los hechos denunciados y que faltan que denunciar. En efecto, en su poder han sido algunas cartas, que, no por carecer de firma, carecen de importancia. En otro tiempo tambien fueron en su poder algunos documentos, que aunque recibidos en la misma forma, contribuyeron en algo al descubrimiento de los autores del asesinato del ilustre caudillo de los Castillejos. Las cartas recibidas no sabe si contribuirán como aquellos al fin propuesto; pero de todos modos, para que los lectores se vayan conveciendo de que su actitud no ha de quedar sin apoyo moral y material para llevar á cabo la obra comenzada, se vá ha permitir extractar algunos párrafos de las expresadas cartas.

Dice así una de ellas:

«Muy señor mio: No escribe V. una sola letra en la publicacion de sus hojas ASESINATO DEL GENERAL PRIM, que yo no lea con gusto.

»Pero en mi pobre criterio, no puedo menos de manifestarle que no está V. enterado de todo lo cierto; porque si los verdaderos asesinos, ó los que pronunciaron la sentencia de muerte del general Prim, fueron los resentidos de aquellas tres palabras *jamás, jamás, jamás*, que pronunciara tan valiente caudillo, mal pudieron ser los Republicanos los que le asesinaron; por eso, y como les viene de perlas á los asesinos y traidores que se afiliaron ó estaban afiliados antes del asesinato á la causa borbónica, por eso, repito, unos y otros, le dejan á V. que hable como habla. Mientras vaya V. culpando á los republicanos, todo irá bueno, pero ¡ay de V. cuando nombre á los verdaderos autores!

»Bien sabe V. que si efectivamente los asesinos son los que dispararon el arma homicida, estos no son mas que el brazo de que se valieron, los que á fuerza de oro los compraron. Los que semejante infamia cometieron, ya lo ha dicho V. aunque no los ha nombrado.

»Ya he visto que de todos va V. hablando menos del único que tuvo valor y patriotismo para oponerse á la muerte del general Prim (¡Bien cara le costó!) ¿Y cómo es que ni siquiera le cita V.?

»Pues que le sirva de gobierno que ese señor sabia más que V., y la prueba es que... siendo inspector del Congreso, contra la voluntad de personas muy elevadas, quitó la pareja de agentes de la calle del Lobo y la puso en la calle del Turco, sin otro objeto ni servicio que cuidar no asesinaran en ella al general Prim; pero quiso la fatalidad que la noche del crimen se hallase enfermo, y á nosotros, el Sr. Valencia nos trasladó de la calle del Turco al teatro.

»Yo no sé si vive aquel digno Sr. Inspector, que nos queria como hermanos: él era riojano, fué comandante de un batallón de Milicia Nacional, y se llamaba D. Ceferino España. ¡Oh!... le aseguro á usted que si llegara á verse con dicho señor, de seguro le haria saber cosas que V. ignora. De todos modos que Dios dé á V. salud para decir la causa de la obra malograda en la calle del Turco; pero le ruego que no se haga compañero de los que como el Sr. Aguilera, en aquel almuerzo célebre tenido en el Retiro hace tres años, dijo: «*Nosotros venimos á continuar la obra malograda en la calle del Turco* y luego todo fué.... para hacerse cofrade de San Vicente de Paul, y pescar la plaza de gobernador civil de Madrid.»

Aquí termina la carta. De buena gana me detendría en estos momentos á comentar algunos de sus párrafos; pero como espero que el autor anónimo continúe proporcionándome algunos otros antecedentes más, antes de que lleguen mis revelaciones, no solo á la calle del Turco (hoy de Prim), sino que tambien á otras afluyentes á la misma, como por ejemplo: la del Florin, etc., etc., donde en el año de 1870 y mes de Diciembre, se reunían con frecuencia, y sobre todo durante la noche, algunos sujetos con el objeto de... pasar las horas de ocio familiarmente, así como á la no menos importante en misterios la noche del 27 del referido año y mes, (la de Cedaceros) en la que si el arcabuceado en la del Turco hubiera dirigido sus pasos para atravesarla y salir á la de Alcalá, lo mismo hubiera salido de ella que salió de la del Turco. De todos estos misterios, de los de las calles afluyentes y del horrendo drama acaecido en la del Turco, hay mucho desconocido y mucho que decir. Ya le llegará su turno, y si antes de que le llegue, el autor de la carta anónimo quiere decirme lo que sabe sobre estos y otros particulares, me ahorrará el trabajo de que... quizás le toque alguna chinita, y entonces tenga que hablar más clarito que hoy lo hace. Por mi parte yo tengo manifestado muchas veces que todo cuanto yo sepa respecto al asesinato del general Prim, todo lo he de decir tal y como lo tengo anunciado, y tal y como lo vengo ejecutando en las hojas que llevo publicadas. Ayúdeme en la empresa el apreciable autor anónimo y verá qué satisfecha dejamos la ansiedad pública; pues como dice el refrán «*Muchos amenes al cielo llegan.*» Conque atreverse y... ya no estará solo en el combate su S. S.

J. JOSÉ RODRIGUEZ LOPEZ.

LOS ASESINOS DEL GENERAL PRIM

SEGUN RESULTA DEL PROCESO Y OTROS DATOS.

TENTATIVA.



BIBLIOTECA
MUNICIPAL

UN OLVIDO INVOLUNTARIO.

MADRID

Por los resultandos que ya conocen los lectores, habrán visto los trabajos que se emplearon para satisfacer las aspiraciones de los agentes montpensieristas, tanto en la conspiración tramada con objeto de elevar al trono de España á S. A. el Duque su Señor, como para quitar del medio los personajes que eran obstáculo á la realización de tan absurda pretension.

Pero todavía faltan algunos detalles de importancia que consignar para que quede plenamente demostrada la participación que en todos aquellos trabajos tuvo el ayudante D. Felipe Solís y Campuzano, y de los medios que éste se valió para obtener su escarcelación primero, y su absolución despues.

Plenamente se probó en la causa de tentativa de asesinato en la persona del general Prim, que D. Felipe Solís y Campuzano, fué el principal agente y encargado de su amo y señor el Duque de Montpensier, para llevar á efecto los trabajos de conspiración, que no tuvieron lugar porque partían de una base supuesta que se le supo simular con tal propósito, así como de la tentativa de asesinato del general Prim, que tampoco se realizó por la misma razón.

Probado está igualmente que mientras los supuestos asesinos traídos por mí para hacerle ver al señor Campuzano que se iban á realizar sus propósitos y aspiraciones, asesinando al general Prim, no ejecutaron tan horrendo crimen mientras fuí el jefe y director de aquella trama. Y en la conciencia de todo el mundo está plenamente justificado que cuando el señor Solís y Campuzano se convenció de que se le estaba engañando (como procedía á su conducta) apelaron al inícuo medio de inutilizarme, comprando á uno de los supuestos asesinos, para que delatase al jefe de Orden público, teniente coronel de la Guardia civil señor Valencia, el delito que se suponía queríamos cometer en la persona del general Prim, y de esa forma les quedaba el campo libre para intentar nuevas aventuras que les dieran resultados más positivos, como así resultó. Reducidos nosotros á prision, segun tuvo lugar la mañana del 15 de Noviembre de 1870, el general Prim quedaba sin leales servidores por entónces, y los que intentaban su muerte, sin los vigilantes que con tanto acierto habian sabido desbaratar sus planes.

Una vez en la cárcel todos los que á D. Felipe Solís le estorbaban en

la ejecucion de sus planes y que él los habia creído leales servidores, ya se dió buena maña para entenderse con otros elementos más fieles y más decididos defensores de la causa que patrocinaba; pero á este señor le sucedió poco más ó ménos que lo sucedido al señor Paul y Angulo. Aquél en el momento que la justicia se presentó á practicar un reconocimiento en su última habitacion, tocó soletas para el extranjero. El señor Angulo, la misma noche que asesinaron al general, tambien desapareció de Madrid. ¡Qué coincidencias más raras! El uno sin tener por qué temer á la justicia por *nada* ni por *nadie*, salia fugitivo para lejanas tierras, momentos antes de que asesinaran al general Prim.

El otro se ocultó la misma noche del crimen sin que nada se haya sabido de su residencia durante catorce años.

¿No les parecen á mis lectores raras, rarísimas estas coincidencias, estas huidas injustificadas? Creo que les parecerán raras, rarísimas, pero cuando lleguemos al punto de analizar los móviles que á ello les impulsó, se verá que estaban justificadísimas.

La del Sr. Solís, quedó plenamente justificada con su captura; con sus tres meses de prision, su escarcelacion provisional, y con el sobreseimiento libre por no resultar *méritos* suficientes para conceptuarle complicado en la tentativa, ni en el asesinato del general Prim.

Pero como quiera que la opinion pública tiene interés en conocer todos los antecedentes, y las circunstancias que concurrieron al delito que se perseguia y las que sirvieron de méritos para su absolucion libre; es necesario, es indispensable que yo se les complete. En las hojas que llevo publicadas, están reseñados los hechos declarados y probados por mí en la Causa de su razon. En la presente es necesario que los lectores conozcan algunos otros que por un olvido involuntario dejé de consignar en la última publicada.

En la sumaria que dió principio el 15 de Noviembre de 1870, hay una indagatoria tomada por el Juez que entendia en ella Sr. Dieste y Lois, uno ó dos dias antes de pedir su traslacion, en la que dice el indagado «que al buscarle, trayéndole de provincias con el viaje pagado y buena asistencia en los dos meses que llevaba en Madrid, con otros tres de la Rioja, para asesinar al general Prim, se le habia dado por razon y objeto de este delito, que tan luego como se perpetrase, todas las tropas de la guarnicion proclamarían al duque de Montpensier rey de España.»

Al encontrarse el nuevo juez con la indagatoria que antecede, no pidió su traslacion, sino que comprendiendo la necesidad de depurar este dato, procuró cumplir su deber, procediendo á un escrupuloso reconocimiento en el último domicilio de D. Felipe Solís, secretario del Duque de Montpensier, con quien decían los supuestos criminales de dicha tentativa que se habian entendido, encontrando una especie de memoria de propia letra de dicho Secretario, en la que dia por dia ó poco ménos, consignaba todos sus trabajos y los de varios personajes políticos en favor de la candidatura del Duque al trono de España. En esa memoria se hacían además indicaciones muy embozadas, sumamente concisas, poco menos que inteligibles, que bien podían referirse á trabajos



ilícitos de la clase de aquellos, que ni aún las exigencias de la política, pueden disculpar nunca. Esta memoria desapareció de la causa al ser remitida de la audiencia al juzgado la pieza de escarcelación de D. Felipe Solís, como asimismo desapareció media tarjeta cortada en forma de triángulo, que era la contraseña con la que nos habíamos de entender los dos, y debía servir para entenderme por medio de tercero con el citado D. Felipe.

Cuando el juzgado estaba practicando dicho registro, apareció en la casa registrada, por casualidad ó llamado por tal motivo, un alto funcionario del ministerio fiscal de Madrid, y que sigue hoy en gran predicamento.

Además, están probadas en la causa que para la escarcelación de D. Felipe Solís, sirvió de fundamento principal el haber hecho que tres de los reos confesos, se retractasen sobre haber visto al señor Solís en relaciones íntimas y frecuentes conmigo, en aquellos dias en que esperaban órdenes sobre el sitio y la hora de cometer el crimen, y por propia confesion de uno de los intermediarios ó agentes del señor Solís. D. Fernando Costa, redactor que era del periódico *La Política*, no pudo menos de confesar y convenir en que habia hecho viajes á Barcelona, mi anterior residencia, para entendernos á nombre del D. Felipe, si bien dijo que solamente para tratar de trabajos de conspiración política y propaganda de dicha candidatura regia. Y por último, es innegable que en la causa están recogidas de ciertas casas de banca las letras de cambio que sirvieron para remitir desde Madrid, con el nombre del imponente ó librador anónimo, la mayor parte de las sumas que sirvieron para traer los supuestos asesinos de la Rioja y Valencia. Y conste que el D. Fernando Costa, fué agraciado con un alto cargo en Filipinas; pero que conste tambien que estuvo preso en la cárcel del Saladero por delito de imprenta, mucho antes de marchar á su destino, y que resentido por los malos comportamientos que con él habia tenido el señor Solís, se reconoció del error que habia cometido al ocultar la verdad y me hizo confesiones de reconocida importancia que sinó hubiese tenido que suspender la publicación del periódico *Los Canallas*, las hubiera conocido la opinion pública, debidamente autorizadas por el señor Costa. Pero no convenia á ciertos personajes que se dijese al público y mucho menos por personas tan competentes como lo éramos el señor Costa y yo, y de aquí el que el señor Gobernador de Madrid en aquella época señor Perfumo, amordazase aquella publicación, no consintiendo que el número 3 de *Los Canallas* viese la luz pública, y de aquí tambien el que mi amigo íntimo (en la cárcel del Saladero,) don Fernando Costa, fuese puesto en libertad, y más tarde con un buen destino á Filipinas, donde parece que el infeliz murió.

OTRO OLVIDO.

En el año de 1871, durante el curso de la causa, el ministro de Gracia y Justicia señor Ulloa, cuidóse mucho de saber si aparecía escrito en ella el nombre de una respetable dama de la corte. Y segun noticias fidedignas, la misma tarde del día en que se varió la persona del juez instructor, otros dos hombres políticos jefe entonces del personal de Gracia y Justicia uno, y diputado otro, se cuidaron mucho tambien de hacer la misma averiguación, apesar de que por dicho ex-ministro podían saber sus amigos intimos que el nombre de la dama en cuestion no figuraba en ninguna de las páginas del sumario.

La circunstancia de ir nada menos que dos hombres políticos en busca de semejante dato, á raíz de haber intervenido uno de ellos como jefe del personal en el cambio de juez instructor, no dejó de llamar la atención de las pocas personas que entonces tuvieron de ello conocimiento, como hoy no podrá menos de llamar la de mis lectores.

En aquellos tiempos llegó á murmurarse de una alta dama, suponiéndosele interés en la desaparición de la importante personalidad del general Prim; pero es bueno que se sepa que la señora por quien aquellos personajes se interesaban no lleva título de duquesa.

Basta por hoy de olvidos involuntarios.

UNA NOCHE DE INSOMNIO

(Continuacion.)

¡Qué bella es la luz! Pues luz se hará en tan enmarañado asunto: sígamos.

En un calabozo, si, en un calabozo de las prisiones de San Francisco de Madrid, á donde mis encarnizadas enemigos, (y de la víctima tambien) me llevaron desde la carcel del Saladero para que pereciese en aquella mazmorra, víctima de la oscuridad, de la humedad y del frio que reina donde me tuvieron encerrado veintiun días. Quería comer, no

podía; quería dormir, no pude tampoco. Yo sentía que mi cerebro se abrasaba; yo sentía que una mano de hierro candente me oprimía y me quemaba el corazon; yo sentía que mi juicio se debilitaba por momentos; yo creía que estaba loco. No, no estaba loco.

Una voz que parecía del otro mundo me decía «¡Mis asesinos son..... son. .!»

Luego callaba; pero apenas callaba, repetía: «¡Mis asesinos.... son. ! denúncialos ante los tribunales!»

Yo he preguntado á los que viven en la tierra, y que me habian contado una historia. ¿Será verdad que los asesinos del general Prim, son..... son... pero nadie me respondia. Solo esa voz que parecía salir del otro mundo, me decía, «¡Mis asesinos son..... son... denúncialos ante los tribunales!» Diles que si se acuerdan de su víctima: que si no secuchan esa voz misteriosa y terrible que les está visitando incesantemente en el fondo de su corazon, de su mente y de su conciencia; que si en esa hora de confesion no han sentido remordimiento, no han visto alguna sombra; si se les ha presentado en sus sueños el que arcabucearon vil y traidoramente, goteando sangre de las heridas que el plomo homicida le causó, y que produjeron su muerte, y que sinó han percibido una voz que les decía ¡vosotros sois mis asesinos! ¿No os acordais de él y de los muchos beneficios que en vida os dispensó? ¿No se presenta nunca ante vuestra vista? En fin, apliqué mis y más mis oidos hácia la parte que sentía esa voz misteriosa y sentí de nuevo «Mis asesinos son..... son...! *aquellos que contrariados en sus insensatas ambiciones, no podían realizarlas, sinó cometían aquel crimen.*

»Escucha con atención, sigue con perseverancia mis instrucciones, y desde luego puedes contar con la plena seguridad de que llegarás á conseguir el descubrimiento de todos ellos. Mucho tienes adelantado en tus pesquisas, pero deja por ahora el camino que has emprendido y emprende el que voy á trazarte

»Nadie mejor que tu estaba al tanto de lo que le sucediese y que por ser temerario le sucedió. Empieza por decir que Prim no tenía ningun inspector de policía especial. que tuviese á sus órdenes una seccion de agentes, para velar á toda hora y en todo lugar por su vida. Niega en absoluto que el general Prim tuviera con ese inspector, ni con ningun otro señales convenidas para indicarle el camino que se proponía seguir al salir de las cortes; siendo por consiguiente falso, falsísimo, lo del baston en la mano izquierda ó derecha.

»Lo que hubo, lo que sucedió para indicar la direccion que Prim tomaba al salir del Congreso, fué, que como quiera que los asesinos se dividieron en dos grupos, colocándose uno á la entrada de la calle de Cedaceros, entrando por la de Alcalá, donde tenían un coche de plaza, y el otro en la del Turco; que el jefe de la ronda secreta del general Serrano (duque de la Torre) y regente del reino, y á las órdenes de su ayudante marqués de Ahumada: que lo era D. José Maria Pastor, el mismo que se dijo tenía la mision de velar por la vida del general Prim, por encargo del duque de la Torre y sus amigos, fué el que constituido en la calle del Sordo frente al berjado del Congreso de Diputados tenía la mision de *velar* por la vida de Prim, y la de dar la seña á los vigilantes que los asesinos tenían en la esquina de la del Turco y

Cedaceros, por cuál de las dos había de pasar el general al salir del Congreso para ir al ministerio de la Guerra, cuya seña consistía en encender una cerilla que puesta de frente hacía la parte de la calle del Turco, indicaba que por allí iba á pasar el coche del general Prim, y viceversa si se ponía frente á la de Cedaceros. Esta indicacion que parecerá difícil de averiguar, si sigues caminando hácia la calle del Florin, allí encontrarás una casa que por las cortinas que la adornan, conocerás al momento quién la habitaba la noche del 27 de Diciembre de 1870, y mucho antes tambien. Procura indagar cómo se llama la doncella que servía en la misma, y luego emplea cuantos medios tengas á tu alcance para ganarte las simpatías de ella ó de su marido..... Despues..... fácil te será saber lo demás que interesa.»

(Se continuará.)

JUAN JOSÉ RODRIGUEZ LÓPEZ.

ADVERTENCIAS.

- 1.^a Siendo muchos los pedidos de colecciones y hojas sueltas que constantemente se nos hace, debemos manifestar que no remitiremos ninguna sin que acompañe al pedido su importe, que será de 5 céntimos cada una de las hojas publicadas cuando se pida toda la coleccion, y 10 céntimos si se piden hojas sueltas.
- 2.^a Todas las semanas se publicará una ó más hojas.
- 3.^a Todo el que quiera encargarse de la venta, en los puntos donde no esté establecida, puede dirigir los pedidos y correspondencia á la imprenta de los señores Sucesores de Castro, plazuela de San Felipe, 11, Zaragoza.
- 4.^a No se remitirá el segundo pedido, sin que se halle pagado el primero.
5. A los periódicos de provincias se les suplica el cambio.
6. Las condiciones de venta son 75 céntimos de peseta las 25 hojas y 10 por 100 de descuento en los pedidos que excedan de 20 pesetas.

Tip. de Sucesores de Castro, plazuela de San Felipe, 11, Zaragoza.